

Armas bajas

La forma en que el régimen de gobierno de los tenientes coroneles ha dado respuesta al manifiesto en que ciento cincuenta argentinos de algún prestigio pedían la vuelta del país a la normalidad constitucional, es una forma que indica claramente dos cosas: primero, que su mentalidad no reacciona ya sino por medio de la fuerza, y segundo, que la máscara ha sido quitada definitivamente.

Con una literatura de folletín patriótico, el gobierno de los tenientes coroneles ha puesto fuera de servicio a los firmantes que ocupaban algún cargo administrativo, ha declarado extranjeros a otros y ha tildado de antipatriotas a los demás, es decir, no ha dicho cuáles son las razones que, a su juicio, impiden que por ahora el país vuelva a la normalidad, no; no hay razones. Sólo hay golpes y voces de mando.

Armas conocidas. Y no son las dos últimas las peores. La peor es la primera. Porque si declarar extranjeros a unos y tildar de antipatriotas a otros es ya una forma vergonzosa de responder a palabras que, aunque puedan ser equivocadas, son por lo menos honradas y dignas, declarar fuera de servicio, o sea condenar a la cesantía y quizá al hambre a los demás, es un arma que no merece sino un adjetivo: baja.

La razón que se da es la siguiente: si usted no está contento con el gobierno, váyase. Es decir, el empleado es nada más que un empleado; no es un argentino; peor aún, no es un hombre. Y es en esta forma cómo, el gobierno de los tenientes coroneles, que habla de argentinidad hasta cuando realiza funciones que son universales, quiere hacer patria: condenando al hambre a los únicos y pocos hombres que han demostrado que su argentinidad está por encima de su propio bienestar, ya que sabían a lo que se exponían.

Cosas peores sucederán aún. Cuando la muñeca y la mano se acostumbran a jugar mal, nadie sabe hasta dónde irán a parar.

1943.